

## Bullying: viejas acciones con nuevas palabras

Por Teresa Valdés Betancourt (*Periodista, Msc. en Ciencias de la Comunicación*)

(Especial para No a la Violencia)

Más de 18 millones de infantes de la educación básica en el mundo corren el riesgo de ser maltratados o acosados dentro de sus escuelas, según datos de Naciones Unidas.

En España, una encuesta de Instituto de la Juventud (INJUVE) determinó que tres por ciento de las alumnas y alumnos ha sido víctima de violencia física o psicológica de manera habitual, en tanto 16 por ciento de las niñas, niños y jóvenes reconoció haber padecido exclusiones o agresiones psicológicas en el contexto escolar.

Mientras, en México, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) ha indicado que tres de cada 10 estudiantes de primaria han sufrido alguna agresión o acoso escolar.

Es la violencia, ese monstruo de mil cabezas que se manifiesta en modalidades diversas, desde la sutileza de una mirada, pasando por el golpe, las acciones, la omisión y hasta con la fuerza de la palabra; que hierde donde más daño hace, en lo emocional, con independencia de la edad y el sexo.

Puede venir desde los seres queridos: la madre, el padre y demás integrantes de la familia en el ámbito doméstico, pero también se manifiesta en otros escenarios, como la comunidad, el centro laboral y, según los datos citados, también en las escuelas.

Precisamente en la escuela, donde se ejercita el derecho humano de la educación, la violencia en todas sus modalidades se está llamando por un nombre nuevo, *bullying*, un término que proviene del idioma holandés y ha servido, según especialistas, para minimizar las fatales consecuencias que estas maneras de maltrato ocasionan a niñas y niños.

El término se está empleando, en los últimos años, para nombrar al acoso que sufre la población infantil y adolescente en la escuela, especialmente quienes tienen ciertas características que les hacen diferentes del grupo: gorditas y gorditos; quienes usan gafas o son de raza negra en una escuela donde la mayoría es blanca; quienes estudian mucho, quienes llevan lentes... Múltiples son los rostros de las víctimas del *bullying*.

A juicio de la estudiosa cubana Yoanka Rodney Rodríguez, doctora en Ciencias de la Universidad de Ciencias Pedagógicas "Enrique José Varona", en La Habana, pareciera que la violencia escolar se ha incrementado de manera progresiva y alarmante en la sociedad actual.

Pero la propia doctora Rodney, y fuentes históricas diversas, certifican que este ha sido un mal siempre presente en la historia de la humanidad y tiene, en sus orígenes, como todos los tipos de violencia, relaciones de jerarquías y de poder.

Actualmente el *bullying* ha sido definido como cualquier forma de maltrato psicológico, verbal o físico producido entre escolares de forma reiterada, a lo largo de un tiempo determinado. Las estadísticas advierten que predominan los casos de violencia emocional y que se da mayoritariamente en las aulas y patios de los centros escolares.

Niños y niñas en proceso de entrada en la adolescencia (12-13 años) suelen ser los destinatarios y también los protagonistas más frecuentes del acoso escolar, aunque es ligeramente mayor el porcentaje de niñas en el perfil de víctimas.

Es una muestra del desequilibrio de fuerzas, donde cada agresor o agresores intimidan con relativa impunidad a sus víctimas. Y son muchos los factores que inciden en su aparición y proliferación.

Pueden citarse, por solo poner algunos ejemplos, factores relacionados con aspectos de la personalidad de las personas implicadas, sus jerarquías de valores, la empatía que se establezca entre compañeras y compañeros, las concepciones de género, las vivencias afectivas; igualmente características físicas como la obesidad, el color del pelo, la piel o algún tipo de discapacidad.

También inciden los contenidos que aprende el estudiantado en su experiencia escolar diaria y fuera de la institución.

¿Cuáles son las manifestaciones de ese tipo de violencia?

Las respuestas que aparecen en <http://www.suite101.net>, entre tantos otros espacios recientemente dedicados al tema, se corresponden con las expresiones, largamente descritas, de la violencia en general: la verbal, con insultos, apodosos o difamaciones; la física, con golpes,

rasguños o empujones; la psicológica, haciendo sentir inseguridad; y la social, excluyendo y manifestando el rechazo del grupo.

El temor impide a las víctimas escolares denunciar los abusos recibidos y la familia no suele percibir la peligrosidad de las acciones, aunque a veces los síntomas preocupan a madres y padres, pues las hijas e hijos pierden el deseo y el entusiasmo por asistir a las aulas y, para colmo, reciben regaños como si fuera su culpa o responsabilidad.

Las víctimas no saben qué hacer y ni a quién decir; tienen miedo y eso origina cambios bruscos de sus estados de ánimo.

En los casos más graves, pueden manifestar depresión, irritabilidad, angustia, sin contar, aparentemente, con una explicación para ello.

También suele aparecer pérdida del apetito o, en el otro extremo, que la ansiedad se canalice en comer de más. Se sienten mal o simulan enfermedades constantemente, manifiestan dificultades para conciliar el sueño y a menudo presentan moretones o rasguños.

Pero, ¿quiénes son y qué ocurre con quienes agreden?

Hay estudios que demuestran factores desencadenantes y propiciatorios de estas conductas, entre los que se citan más comúnmente el pertenecer a una familia disfuncional o tener una baja autoestima.

Las y los abusadores suelen ser menores que residen dentro del núcleo familiar de violencia, abandono o abuso, y como ha descrito la literatura científica, entran al ciclo de la violencia y suelen ser más propensos a repetir estas conductas con otras personas que consideren más débiles.

También presentan autoestima baja y demuestran la necesidad de reafirmarse, haciendo sentir menos a los demás a través de insultos o abusos. Se aprovechan de evidentes signos de deficiencia del control o disciplina escolar, indiferencia del magisterio, o de la ignorancia de lo que ocurre en la comunidad escolar.

En las familias, en caso de comprobarse el acoso escolar, tras esclarecer síntomas y conductas en la intimidad del hogar, se debe acudir inmediatamente a las autoridades docentes para tratar el problema, analizando todas las posibilidades de solución del conflicto, incluida el cambio del centro.

El *bullying*, a fin de cuentas, es violencia, con nuevas palabras y múltiples formas de manifestarse, pero violencia. Debemos enfrentarlo, partiendo de reconocer su existencia y encontrar, entre todas y todos, soluciones definitivas que no comprometan el futuro.